

de la lengua, con las cuales hubiera reprochado altamente el atrevimiento del joven, haciéndole palpar con la mano la injuria que se hace á Dios con semejantes pretenciones; mas resuelta como estaba firmemente á no salir de los límites de la bondad y de la finura, dijo, encogiéndose de espaldas:—Pues yo tengo hambre de sucesos maravillosos; cuando los encuentro en las historias antiguas y en las modernas, los gozo lo mismo que si fuesen un pedazo del empíreo; los saboreo, los estudio, y hago por leer en ellos las verdades religiosas que indican. Así es que me parece sabroso por demás el milagro que llaman de Turín, y no puedo abstenerme de hacer mis consideraciones....

—¡Oh! ¡Que nos lo cuente! dijo Clara, ya dominada por el hastío de la controversia, de la cual apenas comprendía la menor cosa.

Sí, cuéntalo, insistió mistress Needle, y cuéntalo propiamente con las mismas circunstancias que juzgues verdaderas.

Añadió John con aire de triunfo:—Os prometo, miss Julia, que, si no lo lleváis á mal, os mostraré luego de qué adolece la leyenda, y cual es su lado débil é increíble.—

Llegada la conversación á este punto, había terminado la comida: habiendo entrado en la sala de la tertulia, todos de pie, acercáronse á Julia, diciendo:—Oigamos el prodigio.

Julia sin confundirse poco ni mucho comenzó á decir:

—¡Oh! Entiéndalo; diré lo que me parece indudable, tocando á los que me oigan creerlo ó dejarlo de creer: no me meto en el interior de nadie. ¿Se acuerdan de aquel castillo bruno y ruinoso que hallamos una hora después de salir de Fréjus, á la izquierda?

—Bardonecchia, dijo John, Savoulx, Oulx, Salbertrand, Exilles....

—¡Exilles, Exilles! Allí hubo en el siglo XV gran confusión de guerras, y la villa fué saqueada. En medio del trastorno, mientras cometía la soldadesca toda clase de abominaciones, un malvado entró en la iglesia, rompiendo la puertecilla del tabernáculo, en el que se conserva el sagrado Pan que los católicos adoramos como el Cuerpo de Jesucristo.

Abría John su boca para combatir lo dicho por Julia; la madre le hizo callar con una señal, y con esta palabra:—Respetemos.

Julia prosiguió:—El sagrado Pan se conserva dentro de una joya, que se llama el *Ostensorio*. Usase ahora más frecuentemente la Custodia, pero no es necesario decirlo todo. El Ostensorio tiene la forma de un cilindro de cristal, ó de una cajita de vidrio, más alta que larga, con cubierta y pie que son generalmente de plata ó de oro. Este fué lo que tentó al ladrón sacrílego; lo cogió, sin acordarse siquiera, por la gran prisa, de quitar primero el Pan sagrado.

—¿Cómo está hecho este pan? preguntó una de las niñas.

—Está hecho con flor de harina de trigo, á guisa de oblea blanquísima, como las que sirven para las esquelas. Hácense muchas pequeñitas, que se distribuyen á los fieles en la santa Comunión, ó, como tú dirías en la santa Cena. Se hace una mayor, que se denomina Hostia magna; la cual se conserva en el tabernáculo, dentro del Ostensorio, para exponerla después á la adoración. El ladrón cogió el Ostensorio con la Hostia magna, lo puso en un lío de cosas arrebatadas, y, para mejor encubrir el delito, metiólas en un saco, y cargó la presa sobre un mulo, echando á correr. Poco más ó menos, tomó el camino hecho

presa sobre un mulo, echando á correr. Poco más ó menos, tomó el camino hecho por nosotros al salir del Fréjus. Llegado á Turín, hubo de pasar por la plaza. ¡He aquí la mano de Dios! El animal acurricóse allí en medio, y no se halló la forma de hacerlo mover. . . .

—Estaría rendido: ¡qué asombro! exclamó John.

—Aun esto puede ser, continuó Julia. Corrió la gente para levantarle, como en casos tales sucede. Fué inútil: el animal parecía una estatua de mármol, cuando de repente, sin que nadie las tocara, las cuerdas del saco se desatan. . . .

—Estarían mal atadas, dijo John:

Julia, sonriendo pasó adelante:—Lo que había dentro se desenvuelve, y el Ostensorio se descubre.

John:—Algun listo muchacho, que se aprovecharía de la confusión para urgar en el saco.

—No lo creo, dijo Julia. Por veneración á la Hostia, y por horrorizar el sacrilegio, ninguno se atrevió á poner allí la mano. El Ostensorio desprendiéndose, comenzó á subir por los aires lentamente lentamente, hasta llegar á un punto desde el

cual podía ser visto por todos los de la plaza; paróse allí precisamente como si estuviese colocado sobre la mesa del altar. Figúrase lo que sucediera entre tanto: la gente caía arrodillada con el fin de adorar á Nuestro Señor Jesucristo, que con asombro tal se mostraba en la Hostia presente (á lo menos tal era su persuasión, y era eso á mi modo de ver); unos se postraban con el rostro en tierra, otros pedían el perdón de sus pecados, y otros rogaban con las manos juntas. En el ínterin la voz del gran prodigio se difundía por la ciudad, y se comunicaba del uno al otro, lo mismo que la chispa eléctrica en el cuadro mágico. Cada uno corría precipitadamente á gozar de la visión. Jóvenes, viejos, mujeres y niños, confusamente, apretábanse á cada momento en la plaza; ver, prosternarse en el suelo adorando, y suplicar con grandes voces, era obra de un segundo. El Obispo de la ciudad, que era un Ludovico, de la familia de los marqueses de Romagnano, no sabía en caso tan insólito qué partido tomar. Congregó al capítulo de la catedral, al clero de la ciudad y á los religiosos, en consulta extraordinaria, pidiéndoles consejo, desalentado, ansioso y lleno de temblor.

—¿Y entre tanto la Hostia continuaba siempre suspensa en alto? preguntó John, no ya burlándose, ni con alegría de su madre, sino con terrible angustia de ésta.

—Seguramente, respondió Julia, y las horas pasaban así. En el consejo se resolvió ir en procesión al sitio, é impetrar humildemente la manifestación del querer de Dios. Dicho y hecho; el Obispo se reviste de los hábitos pontificales, se dispone la pompa, y sale solemnemente de la catedral, con la expectación y ansiedad desmesurada del clero y del pueblo. Llegados á la plaza, la Hostia continuaba en su sitial aereo, sin que la multitud hubiera cesado de orar y verter lágrimas. De repente una maravilla se une á otra maravilla: ábrese la portezuela del Ostensorio, sale la Hostia, el vaso cae con todo su peso en tierra, y la Hostia queda sola manteniéndose en el aire, comenzando por iluminarse, por resplandecer, y por brillar con luz fulgidísima como un sol en mediodía. A tal vista ninguno puede contener el ímpetu de sus afectos: un coro unánime de alabanzas elevase por el prodigio; hieren las estrellas las exclamaciones, los llantos y los gritos, abandonándose cada uno á su propia piedad, de rodillas, ó casi echado

con el rostro en el suelo, ó de pie con los brazos en cruz. Un pensamiento tuvo el Obispo entonces: hace que le traigan un cáliz, y elevándolo, conjura con ardientes lágrimas al Señor para que se digne permanecer con sus fieles. ¡Admirable cosa! No bien cesa la oración, comienzan á disminuir los esplendores de la Hostia, y poco á poco, á la vista del pueblo, va descendiendo hasta meterse dentro del cáliz, dejando detrás de sí un rastro luminoso, que desaparece á no tardar.

John y sus hermanas alentaron, porque habían contenido la respiración como si vieran el hecho. Mistrees Needle, por el contrario, con el fin de impedir las peligrosas reflexiones que temía por el relato, dijo á Julia:—La sabes toda, y la sabes contar.

Añadió la joven, con el fin de golpear el hierro mientras estaba caliente:—Aseguro que yo he leído en las historias eclesiásticas todas las circunstancias del suceso: no he añadido ni quitado un punto. Aquí he tratado de informarme sobre el lugar: he ido con Kelerina, y el sacristán me ha repetido todo lo manifestado. He visto el lugar preciso donde la Hostia se levantó: lo cubre una lápida que cuenta lo sucedido, y

está rodeado de una orla de adorno con las armas de la ciudad; todo se halla contenido en una iglesia, que se denomina del *Corpus Domini*, cuyas palabras latinas dice aun el vulgo. Es una de las más bellas de Turín, que tiene no pocas lindas; la diseñó el arquitecto Vitozzi; en todas partes deja ver mármoles y bronce; aun los cuadros son superiores; en suma, es una cosa digna de verse.

John, que estudiaba un pretexto á fin de poner en duda los documentos históricos del milagro, calló al oír estos particulares, sobre todo al ver que Julia seguía diciendo:—Y como si para memoria del acontecimiento no bastase la tradición universal de toda una ciudad, y el templo que le da más esplendor, se instituyó una colegiata de canónigos para que oficiasen en la iglesia, una cofradía de legos, y solemnidades públicas anuales con intervención de los magistrados del municipio, y hasta una fiesta mensual; en fin, la población quiso gloriarse con el título de ciudad del Santísimo Sacramento.

John no se atrevió á decir palabra; silbando *sotto voce*, retiróse á su cuarto: sus hermanitas se fueron á descansar: estaba su madre llena de consternación. Lamentá-

base dolorosamente mistress Needle de las impresiones *papistas* que un hecho tal, clavado en su espíritu tan eficazmente, podría producir; acusábase de ligera é imprudente por haber promovido la conversación contra su propósito; en una palabra, no podía tener paz sino saliendo al día siguiente de Turín.—Dijo á Julia con cierta sequedad:—Mañana por la mañana saldremos en dirección á Génova.—Avergonzándose después de su salida brusca, endulzó la voz, diciendo:—¿Me permites? Iré dentro de poco á tu cuarto, y sabrás por qué: tengo que decirte algo en confianza.

XXI.

DE SILLA Á SILLA.

Invitada la joven á un coloquio tan secreto, con aquella voz entrecortada y temblorosa, en aquella hora, precisamente después del relato de un prodigio que destruía completamente las opiniones de mistress Needle sobre la Eucaristía, no dudó un momento de que debería entrar en nueva disputa, más animada que las anteriores. Esperaba y temía. Ciertamente había quedado por completo roto el hielo en materia de religión, y mucho más presto de lo que hubiera podido figurárselo. Previó á la señora diciendo:—Si no padezco un error, estais conturbada.